

Promotio Iustitiae

EL APOSTOLADO CON LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Contexto Latino Americano

X. Albó, F. Alvarado, J. Hernández

Contexto Indio

C. Lakra, A. Toppo, X. Manjoooran

Contexto Asia-Pacífico

J. Fung, B. McCoy

Contexto Canadiense

M. Murray and Companions SJ

CAMBIO DE PARADIGMA, Y FE

G. Costa, G. Uríbarri, A. Ferro, P. Béré, V. Jeyaraj

CRISIS ECONÓMICA: REUNIÓN DE DRONGEN

F. Turner, W. Ryan, J. Sagastagoitia

DOCUMENTOS

H. Delétraz, G. Soetomo, C. Collins, J. Park

HOMENAJE A PADRE JEAN-YVES CALVEZ SJ

H. Madelin, B. Cassaigne, P. de Charentenay



La fe que nos conduce a la justicia y a la reconciliación en un mundo multicultural y multireligioso

Alfredo Ferro SJ

Con miedo a ser simplista, creo que la fe desde la experiencia tiene una aproximación más vital y menos teórica. Hoy vinculamos la razón, el dogma y su formulación, con la práctica o la acción y en definitiva con la vida, y eso es lo que trataremos de mostrar. Ya Santiago afirmaba en su carta pastoral, que una fe sin obras es una fe muerta (Sant. 2,17). Sin embargo este ensayo que busca abordar el título del artículo no pretende ahondar en el tema de la fe, es más bien un intento modesto de responder a una pregunta: *¿Qué clase de fe nos conduce a la justicia y a la reconciliación en un mundo multicultural y multireligioso?*

Partiendo desde una experiencia de fe y de una fe personal y colectiva, (aunque tendríamos que preguntarnos a qué tipo de fe nos estamos refiriendo) se nos llama a luchar por la justicia y la reconciliación. Estas son palabras gruesas que exigirían de nosotros alguna aclaración u otro tipo de tratamiento, pero antes nos parece más conveniente preguntarnos cual es esa FE que se hace reconciliación y justicia.

Posiblemente lo mejor para empezar es situarnos en el mundo que nos ha tocado vivir, y desde la situación actual que hemos denominado pluricultural y plurireligiosa, cada vez más afirmada y reconocida aunque ciertamente muy poco asimilada. Vivimos en un contexto donde lo diverso aparece con mayor fuerza; emerge y sale de si para manifestarse siendo "otro", afirmándose y buscando su propia identidad, precisamente por haber estado oculto, oprimido o desconocido. Es una diversidad cada vez mayor, en ocasiones negada consciente o inconscientemente, pues se puede convertir en una amenaza a mi seguridad, a mi verdad y por lo mismo, a mi tranquilidad, y que cada vez se hace más patente gracias a la globalización.

Haciendo un paréntesis y tratando de abarcar una realidad más existencial en un intento por partir de la experiencia personal, como decía sabiamente nuestro benemérito P. Alonso Rodríguez SJ, clásico de la espiritualidad: *"lo que se confirma con algunos ejemplos"*, paso a ejemplificar. Quiero referirme a mi experiencia personal en la que ya en el noviciado en la Compañía de Jesús soñé con ir a las "misiones" ofreciéndome en una "oblación de mayor estima y momento" disponiéndome para seguir a Jesús siguiendo las enseñanzas de nuestro Padre Ignacio, y que trato de renovar todos los días. Siendo estudiante pedí ser enviado a una experiencia apostólica en África, lo que se convirtió para mí en una gracia particular. Si algo tengo que reconocer, es que fue una experiencia impactante y no tanto por la pobreza que encontré en el antiguo Zaire, hoy República Popular del Congo, sino por lo que eso significó para mí,

como fruto de un encuentro o de un desencuentro, –o de los dos–, con una realidad y una cultura tan diferente a la mía. Fue la toma de conciencia de que Occidente y la Iglesia Católica, y por lo tanto nuestra fe basada en una historia, una tradición y una cultura, por más rica que fuera, era una más entre muchas otras experiencias de fe y de cultura, y sobre todo, lo más importante, concluir de manera dolorosa y a su vez maravillosa, que no estábamos en posesión de la VERDAD, que dicho sea de paso, ha sido nuestra convicción y que nos ha hecho tanto daño. Pero no creamos que es solo problema de la Iglesia católica o de las Iglesias en general, es también problema de nuestras sociedades y de la misma economía neoliberal o del capitalismo en general –es el fin de la historia del famoso libro de Francis Fukuyama publicado en el año 1992. Y lo perverso de todo esto, es que esa llamada VERDAD, que nos oprime, nos cierra, nos aísla y por lo tanto, nos impide cualquier diálogo, cualquier reconciliación y cualquier justicia, es también la puerta que se abre, entre otras cosas, para los fundamentalismos. En síntesis, entendí que era conveniente no solo relativizar muchas cosas, sino comprender que la única manera de “evangelizar”, –término que no suena bien en contextos que no son los nuestros–, era entrar en un verdadero diálogo con las otras culturas, sin imposiciones y verdades reveladas, aprendiendo del “otro”, y por eso mismo, más que “evangelizar”, dejarnos “evangelizar”.

Ubicado desde nuestro continente latinoamericano, tradicionalmente católico y occidental, solo pensar que en el mundo existen 1.200 millones de musulmanes y que ellos mismos, en su propia diversidad, son bien diferentes a mí y a nosotros, eso ya me cuestiona de entrada. Lo contrario, sería negarlos, desconocerlos, o considerar que por ser diferentes, son mis enemigos que es lo que de una u otra forma se vehicula en la sociedad occidental, alimentada en gran parte por la ideología que prima en Norteamérica.

Tengo la impresión de que un camino privilegiado, que no siempre es posible, es el contacto cercano con el “otro”, o dicho de otra manera el intento por hacernos “prójimos” como en el caso del Buen Samaritano, y con ello me refiero al encuentro con otras culturas, o con otras religiones. Más allá de la multiculturalidad que puede ser una constatación un tanto pasiva, nos podemos colocar frente a lo que podría ser un desafío, y es la interculturalidad o la interreligiosidad. Las otras culturas, las otras religiones, no son solo ellas en sí mismas, son ellas plenas de contenido, de riqueza espiritual, de visiones, lógicas, costumbres, miradas, tradiciones, músicas, ritmos, danzas, comidas, diversiones, rituales, creencias y prácticas religiosas.

Estoy convencido que desde una experiencia espiritual profunda de fe en la vida, en los seres vivos y en nuestro caso si se quiere, desde una fe como la cristiana, que cree en el Dios de la vida que se hace carne, –no solo hombre– es decir naturaleza y se encarna en el “otro”, no podemos entender nuestro propio yo sin el “otro”. Pienso que no hay nada tan evangélico como el encuentro con

el diferente y tengo la impresión más que nunca, que esa es la experiencia profunda de Jesús, que en definitiva, es lo que le da una gran libertad y le lleva a practicar la “misericordia” entendida como el ser capaz de desgarrarse desde el corazón, que sale de si mismo, para sentir desde las entrañas al otro y no a cualquier otro, sino preferentemente a quien sufre y tiene la vida amenazada.

Tengo cada vez más claro que la misión de Jesús no era ni fue nunca fundar una Iglesia, creo que ni soñó en eso, ni era tampoco definir una fe, una ley, unos principios, una doctrina o unos ritos, sino por el contrario, hacer de su fe una vida, que fue tejiendo con su pueblo y con sus vecinos. Era la fe que tenía en Dios Padre, el *Abba* que cuida y se compadece o en el Dios de la promesa y de la esperanza, que anuncia una tierra donde corre leche y miel, o en el Dios de la vida y no de la muerte, de la permanente renovación y fecundidad, para que haya vida y la haya en abundancia como nos dice el evangelio de Juan.

La vida de Jesús, es un compromiso incontestable con los desheredados, excluidos y marginados de la historia, ya sea, por razones económicas, sociales o culturales, pues fueron y siguen siendo ellos los considerados inferiores: por ser pobres, por tener otras tradiciones, otras costumbres, otras verdades, otros pensamientos, otros rituales o religiones. Es esa la fe, la fe en Jesucristo que confesamos. El es nuestro referente y desde El, quisiéramos vivir nuestra propia experiencia de fe limitada, frágil y siempre nueva, también compartida, sin dejar de reconocer que existe una tensión permanente y desafiante, con muchas dudas, inquietudes, incertidumbres, pero que a su vez se afirma en la confianza de que será esa FE, la que puede dar respuesta a los anhelos de justicia y reconciliación.

La práctica de Jesús reflejada en todo el evangelio es la de la inclusión sin lugar a dudas, y esa inclusión se manifiesta en su relación y en el encuentro con el leproso que no puede entrar a la ciudad, con el cobrador de impuestos que es contestado por ser un aliado del imperio, con la prostituta que es apedreada o rechazada, con el militar que es un traidor, con el extranjero que no es bien visto por no seguir los ritos y las costumbres de la religión tradicional, con el rico temeroso de su fortuna que se quiere convertir, y con otros y otras, que salen a su encuentro.

Al ahondar hoy en nuestra sociedad occidental, podríamos decir que la exclusión es uno de los resultados del modelo sociocultural y económico hegemónico actual que se nos impone y que tiende cada vez más a la homogeneización. Algunas veces, nos preguntamos por las raíces y las causas de las guerras ideológicas, de las guerras religiosas o de las guerras de opinión que producen violencia y polarización. Para no ir más lejos, pensemos en nuestros países en América Latina. Fácilmente podemos responder a esa pregunta, acudiendo a lo que ha sido el contexto en que nos hemos formado y donde hemos crecido. Hemos estado convencidos que existe el pensamiento único, la razón infalible, el criterio indiscutible, la religión verdadera, la cultura

más civilizada,... etc. Es el mismo sistema, apoyado en los grandes monopolios de los medios masivos de comunicación en manos de poderosos que defienden sus intereses, que encarnan una determinada cultura de fe, entendida como aferrarse a verdades, principios o tradiciones, alimentando las posibilidades reales del sometimiento, de la dominación, de los enfrentamientos y de la confrontación, que a su vez producen como resultado todo tipo de dogmatismos y fundamentalismos. Nos engañamos cuando creemos que los fundamentalistas son los musulmanes o los Ayatolá, eso es lo que se nos ha transmitido. Ya desde nuestro interior estamos alimentando el conflicto y la confrontación, pues nos cuesta profundamente reconocer al diferente y nos acostumbramos a fabricar enemigos. Hace pocos días en uno de mis viajes en metro, me encontré con un grupo de personas que iban para la fiesta del carnaval y que en sus camisetas tenían impresa una consigna muy interesante: *"el diferente es normal"*.

Si hablamos de reconciliación en estos contextos es porque la estamos necesitando, y por lo mismo requerimos de procesos de toma de conciencia y de contrición de corazón, con el fin de hacer una inmersión en un ritual prolongado de purificación o en una especie de exorcismo, de lo que hemos considerado las fuerzas del mal, que nos han avasallado y nos han impedido ver las otras orillas, los otros cauces, los otros senderos, los otros rumbos, ya que de los cruces de caminos nos hemos escapado.

La última Congregación General 35 ratifica nuestra misión de servir la fe, promover la justicia y el diálogo con otras cultura y religiones a la luz del mandato apostólico, en una perspectiva de reconciliación con nosotros mismos, con los otros, con la naturaleza y con Dios (CG 35,3,12). Es también una reconciliación con la historia que es diversa y no única; con las culturas olvidadas y sometidas (como son en nuestro continente las comunidades africanas e indígenas con las cuales tenemos una deuda histórica); con las religiones de los que creen en un Dios que no es el mío pero que también es Dios; con las Iglesias y con nuestra propia Iglesia, donde fuera de ella también hay salvación y lo que es más novedoso y desafiante, con la naturaleza que nos debe ayudar a integrar el todo, pero que desafortunadamente hemos dominado y no respetado. Es la llamada a volver a una especie de animismo, donde encontramos al Dios de la vida en cada espacio o cada ser, y por lo mismo, donde esa naturaleza sea el nicho privilegiado para aprender.

Reconciliarse y pedir perdón, es excusarse de tanto oprobio, de tanto irrespeto, de tanto despotismo de verdad, de tanta soberbia, de tanto poder y de tanta ostentación y lanzarse a la aventura de una fe que hace justicia en un mundo multicultural y multireligioso.

En mis estudios especiales trabajé el tema de la religión popular y sus prácticas, las cuales siempre admiré por su gran vitalidad y riqueza. Fueron muchos los aprendizajes que tuve, y lo que fui descubriendo en el contacto

durante años con comunidades campesinas a las cuales acompañé de cerca. La no comprensión en general de ese mundo religioso, es más un ejemplo de lo distantes que estamos y de lo mucho que nos cuesta acercarnos a otras realidades que tienen otras lógicas, otras prácticas y en última instancia, otras cosmovisiones. Para mí, no era propiamente la “religiosidad popular” en contraposición con la “religión oficial”, pues ese término, ya denotaba cierto desprecio. Era la manifestación religiosa popular, que difícilmente se comprende como parte de la historia, las tradiciones y las culturas populares, que es vista muchas veces, sea desde la academia o desde el poder eclesial, como algo de segunda categoría o peor aún, tomada como prácticas atrasadas, mágicas o supersticiosas. Un motivo más para constatar las dificultades que tenemos, desde el poder y la institución instalada o desde nuestra propia formación, para descubrir el “otro” o lo “otro” con toda su riqueza. Ahora de lo que se trata es de aprender del “otro” y empaparse del “otro”. Recuerdo cuando invité una vez a mi hermano Germán, antropólogo, – especialista en el tema religioso, con quien he conversado todos estos temas y con quien me he enriquecido muchísimo – a mis clases en la facultad de teología de la Universidad Javeriana, y uno de mis alumnos le preguntó si no le parecía que la “religiosidad popular” en sus prácticas tenía mucho de magia y de superstición, a lo que él respondió: “que más magia que creer o estar convencido que un trozo de pan y un poco de vino se convierten en el cuerpo y en la sangre de Cristo”. A veces vemos esto tan normal, que nos cuesta entender y participar de lo que no es lo mío, o bien de lo que no me he apropiado.

De lo que se trata, si queremos ser más radicales reconociendo el valor de cada una de las religiones o culturas, es de desmontar lo que hemos llamado erróneamente la lucha por las identidades culturales y religiosas. No más: yo soy católico, luterano, evangélico, ortodoxo, judío o musulmán, lo que no es nada fácil, para así poder dejarme contagiar de la espiritualidad del otro, de sus formas de creer, de su idea de Dios, de sus prácticas. Eso nos recuerda la canción de Ana Belén y Víctor Manuel:

Cuéntame el cuento del árbol dátíl, de los desiertos, de las mezquitas de tus abuelos, dame los ritmos de las darbucas y los secretos que hay en los libros que yo no leo. Contamíname, pero no con el humo que asfixia el aire. Ven, pero sí con tus ojos y con tus bailes, ven, pero no con la rabia y los malos sueños, ven, pero sí con los labios que anuncian besos. Contamíname, mézclate conmigo que bajo mi rama tendrás abrigo. Cuéntame el cuento de las cadenas que te trajeron de los tratados y los viajeros dame los ritmos de los tambores y los voceros del barrio antiguo y del barrio nuevo. Contamíname, cuéntame el cuento de los que nunca se descubrieron del río verde y de los boleros, dame los ritmos de los buzukis los ojos negros la danza inquieta del hechicero contamíname”. Será que nos dejamos contagiar o contaminar, o tenemos un gran temor de reconocer al otro y reconocernos en el

otro, naturalmente eso nos desestabiliza, nos quita la seguridad y nos desubica. Es más fácil permanecer en lo mío, en lo nuestro.

Hay que volver sobre una experiencia religiosa fuera del ritual formal y de lo institucional establecido, para encontrarnos únicamente con la fe del cotidiano, expresada en el dolor, en el gozo, en lo simple, en la fiesta, en la lucha por la supervivencia, en el juego, en la conversación callejera, en el uso del tiempo y en todo lo que hace parte de la existencia de esa vivencia profunda y sencilla a la vez, donde esa misma fe no está separada de la vida y que por lo mismo, no hace dicotomías.

Alfredo Ferro M. SJ
CPAL
Brasil